

Sea cual fuere el sistema que se adopte para determinar el origen primitivo del culto religioso, se encontrará en definitiva, que él procede de la esperanza, del afecto ó del temor, y que en estos casos, así como en el de toda afección viva y profunda, es inseparable de ella la idea del sacrificio. Explanando *B. Constant* este pensamiento, en su relación con el amor, observa muy justamente, que esta pasión se complace en inmolar al sér de su predilección, cuanto tiene de más caro, llegando en el refinamiento de su exaltación hasta somerterse á las más duras privaciones y crueles padecimientos (25). El elocuente conde de *Maistre* siguiendo otro rumbo, conviene en la misma idea, asentando como proposición fundamental de su sistema: que la historia nos presenta al hombre penetrado siempre de esta terrible verdad: *Que vive bajo el dominio de un poder irritado, y que los sacrificios son los únicos medios que pueden aplacar este poder.* (26)

(25) *De la Religión* &c., lib. II, cap 2, vol. 1, pág. 250.

(26) *Aclaración en materia de sacrificios*, cap 1, en el apéndice de las *Veladas de S. Petersburgo*: trad. cast. Valencia 1813, in 12 °.

En efecto, la historia de los progresos del entendimiento humano nos enseña que, en la infancia de las sociedades, la progresión y el anhelo del hombre hacia el sacrificio, caminan en razón directa de sus adelantos intelectuales, y que así continúa llevándolo de refinamiento en refinamiento, hasta llegar á un punto del cual comienza á retroceder, siguiendo entonces la razón inversa de los progresos que hace su inteligencia. Para reconocer toda la fuerza de esta verdad, ocurramos al estado salvaje, tomando al hombre al salir de las manos de la naturaleza y acompañándolo en su carrera. El salvaje que tributó un simple culto de veneración á una piedra informe, á un tronco, ó á un animal, con este solo hecho se manifestó más inteligente que el que nada adoraba. Le es superior el que levanta una ara de piedras brutas, ofrendando en ella la yerba del campo; y á éste se adelantó ya infinitamente, el que parte su escaso alimento entre sus hijos y su fetiche. Ya desde aquí comienza á revelarse la idea del sacrificio; y como el progreso es una calidad inherente á todas las instituciones humanas, aquel continúa re-

corriendo la escala ascendente de las abstinencias, de las maceraciones, y en fin de todos los tormentos físicos y morales, hasta llegar á la espontánea inmolaición, no solo de los extraños, sino aun de los propios hijos. Este exceso en que algunos ven la muestra de la degradación intelectual y moral, característica de la vida salvaje, la sana filosofía lo considera, por una parte, como el efecto natural é inevitable de la cultura de la institución misma que, llegada á este punto, presenta como sacrificio más meritorio, aquel que sea más caro y doloroso (27); y por otra, como una exageración del sentimiento religioso, que aunque parezca absurda, nunca deja de ser heroica ni sublime; porque el espectáculo de un padre inmolaando á su hijo en las aras de la divinidad, descubre una fortaleza de ánimo tan estupenda, que sólo puede comprenderse presuponiendo una inmensa serie de esfuerzos intelectuales y morales bastante poderosos para ahogar el penetrante grito de la naturaleza. *Bruto* pudo presenciar impasible el suplicio de sus hi-

[27] *De la Religion, &c.*, lib. II, cap. 7, p. 348.

jos, porque la voz de la pasión que habla en nombre de la patria es más poderosa que la de la naturaleza; mas *Jefté* rasgó sus vestiduras al simple recuerdo de su imprudente voto, y no consumó sin arrepestimiento el sacrificio, aunque lo creía inspirado por Dios.

La variedad de formas que aquel ha revestido en los diversos pueblos que lo han adoptado, manifestándose en unos extravagante, en otros absurdo ó monstruoso, y probando en todos que esas formas no son más que un refinamiento en el sacrificio, como las llama *B. Constant*, convence de la exactitud con que este escritor ha dicho: *Rien n' est plus terrible que la logique dans l'absurdité*. En efecto; los sacrificios humanos, que en su origen pueden haber sido una especie de ejecución de justicia, como lo da á entender *César* (28) de los practicados por los Galos, y lo dice nuestra historia respecto de los toltecas; muy pronto

[28] *Supplicia eorum, qui in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxa sint comprehensi; gratiora diis immortalibus esse arbitrantur; sed cum ejus generis copia deficit, etiam ad innocentium supplicia descendunt.*—De bello gallico; VI, 15. Edic. de Clarke Lond., 1720, in 8^o.

se extendieron al de los enemigos, si no es que, como yo me inclino á creerlo, por aquí comenzaran (29). Tal es el origen que se reconoce en el primero que hicieron los mexicanos (30), salva la fábula, de los milagrosamente sacrificados por *Huitzilopochtli*; y tal es también el que se descubre por la etimología, en la denominación dada á las ofrendas depuestas en las aras de la deidad; pues las palabras *victima* y *hostia*, despiertan naturalmente las ideas

[29] El conde de *Maistre*, que sólo ha examinado este punto bajo el aspecto meramente místico y moral que presenta el sacrificio, considerado como la práctica de los dogmas católicos que admiten la reversibilidad de los méritos y la sustitución de las víctimas expiatorias, opina que los sacrificios humanos debieron comenzar por los delinquentes, cuyo suplicio, según las creencias dominantes, era sumamente acepto á la divinidad. Y como de la doctrina de la sustitución, añade, es inseparable la idea de que la eficacia del sacrificio es proporcionada á la importancia de la víctima; de aquí es que los hombres no han tenido que dar ya sino un paso desde el culpado al enemigo, porque todo enemigo fué culpable, y para mayor desgracia, todo extranjero fué enemigo, cuando hubo necesidad de víctimas. Así se explica como el hombre ha podido llegar, por un procedimiento rigurosamente lógico, hasta el sacrificio de sus hijos y del suyo propio. (*Aclar. en materia de sacrificios*, cap. 2.)

(30) *Torquemada*, lib. II, cap. 10.

de la victoria, de la violencia y del sometimiento de un enemigo por la fuerza;

Victima, quæ dextra cecidit victrice, vocatur Hostibus amotis hostia nomen habet (31).

Si del mero espectáculo ó ejecución material del sacrificio, en que algunos sólo quieren ver la satisfacción del odio ó de la venganza, pasamos á escudriñar la intención que ha dirigido al oferente, uno descubre al momento, que él no es más que un medio de manifestación, y también la manifestación misma del pensamiento que ha ministrado el primer germen de todas las religiones, de todos los cultos y de todos los sistemas filosóficos que han pulu-

[31] *Ovid. Fast. I, 335; cum varior. Amstel, 1702, in 8º.*—*Heinsius* lee *hostibus á domitis &c.*, añadiendo algunas observaciones etimológicas que *Juan Rosin* ha ampliado en sus *Antigüedades Romanas*, en las siguientes palabras: *Sacrificium, inquit Isidorus, est victima, et quæcumque in ara cremantur. Victimæ vero, sunt sacrificia, quæ post victoriam devictis hostibus immolabantur sic dictæ, quod vic ictus percussæ caderent, aut quod vincitæ ad aras ducerentur Festus: hostia inquit, sacrificium quod Laribus immolabant, quod ab illis hostes arceri putabant. Alibi dicit hostias ab antiquo verbo hostiam, quod ferio significat, dictas esse.*—(*Antiquit. Roman. corpus absolutis*; lib. III, cap. 33, cum not. *Dempster*, in fol. m. 1620. *Aurel. Allobr.*)—Este escritor lee en el pasaje anterior de Ovidio:—*hostibus á victis &c.*

lado en el período que separa el estado salvaje del de barbarie. El odio que dividía á los pueblos se hizo extensivo á sus respectivas deidades; y revistiendo á éstas de sus propias pasiones, como hoy todavía revestimos á Dios de las nuestras, decidieron que las unas eran enemigas de las otras, y que solamente podían complacerlas y aplacarlas como ellos quedarían complacidos y aplacados. Por eso en todos los sacrificios de esta clase, el rito mexicano exigía que el sacerdote libara la sangre aun caliente de la víctima en los labios de *Huitzilopochtli*, y que le ofreciera su corazón todavía palpitante; y por eso los hebreos asolaban á sangre y fuego las ciudades y los pueblos heridos con el anatema de *Cherem*, mirando como una impiedad, que se compurgaba con horribles calamidades, la menor compasión otorgada á los vencidos. En todos estos casos la inmolación y la devastación, menos que el efecto del odio y de la venganza, eran un verdadero culto religioso inspirado por las mismas creencias ó dogmas, entonces en germen, que hoy forman la basa de las religiones más cultas.

La religión nació entre los sepulcros, decía *Chateaubriand* en uno de sus raptos poéticos (32); y bien pudo añadir que ellos fueron igualmente la cuna del dogma sublime de la inmortalidad del alma, que la barbarie desfiguró muy pronto con sus prácticas horribles, y que después embelleció la inteligencia con sus prestigios. Una vez que hubo el hombre elevándose hasta la concepción de aquel dogma, debieron naturalmente ocurrirle las mismas dudas que debatió la ciencia desde *Pherecides* hasta *Platón*, y que el orador romano se propone resolver en el primer libro de sus cuestiones *Tusculanas*: *qué es el alma; en qué parte del cuerpo reside; á dónde va después de la muerte*. Esta discusión lo condujo naturalmente al dogma de la *metempsicosis*, ó trasmigración de las almas, el más antiguo de los conocidos, y que, vista su universalidad, uno tiene derecho para con-

(32) Los antiguos comprendían los *sepulcros* en el número de los *templos*, reputándolos también como edificios consagrados á Dios. En este sentido dice *Dempster* (*Antiq. Rom.*, lib. II, cap. 2. *Paralip.*) que debe entenderse aquel pasaje de Virgilio: *Præterea fuit antiquo de marmore templum Conjugis antiqui*.

siderar su idea como inherente á la naturaleza humana, cuando el hombre ha llegado á un cierto estado social. Ese dogma formaba la basa de la religión de los egipcios; se reconoce en la de los hebreos [33]; subsiste en las antiquísimas de la India; los poetas griegos y romanos lo cantaron en sus versos; y el fin se encuentra en las creencias de todos los pueblos del mundo que no son enteramente salvajes.

Como ni el carácter peculiar de este escrito, ni la extensión limitada de una nota permiten descender al examen de los numerosos sistemas filosóficos, creencias populares y prácticas supersticiosas ó absurdas que han emergido de las investigaciones relativas á la esencia, asiento y último destino del alma; limitándome á mi asunto, observaré, que uno de los primeros frutos que cosechó el hombre de este su inmenso progreso intelectual, fué un fruto de maldición; porque el dogma de la

(33) Cuando apareció Jesucristo en medio de sus incrédulos compatriotas, unos le tenían por Juan Bautista, otros por Elías y otros por Jeremías ó alguno de los Profetas (Math. XVI, 14). Herodes dijo: *Este es aquel Juan que yo degollé.* (Marc. VI, 14).

inmortalidad, corrompido por las falsas nociones de la *metempsicosis*, le inspiró la idea de la ANTROPOFAGIA, que más adelante convirtió en un culto de religión y de amor; así como en otros pueblos, ó en el mismo bajo un estado social más perfecto, quedó proscrita por los mismos principios que á su vez habían consultádose para establecerlo. Diríase al meditar sobre este flujo y reflujo de las opiniones humanas, que el hombre, cual los animales rumiantes, no hace más que preparar ó quebrantar el grano que le arrojan las generaciones pasadas, legando el mismo encargo á las venideras.

La muerte es el centro de todas las conjeturas religiosas, y cuanto más próximo se encuentra el hombre del estado salvaje, menos dispuesto está á creer en su total destrucción. Difícil es determinar las primeras ideas que despertó en la mente el espectáculo de la muerte; mas no cabe duda en que todos los pueblos la vieron como una ausencia, más ó menos larga, que abría la era de una nueva vida; imaginándose también que su espíritu continuaba eselavizado por las mismas necesidades vitales,

y según los negros de la *Costa de Oro*, aun ocupado en las mismas profesiones que había ejercitado en la tierra (34). De aquí procedía esta práctica universal, y sin excepción, de las ofrendas de sustancias alimenticias que todos los pueblos acostumbraron poner sobre los sepulcros, imaginándose que las almas venían á consumirlas. Esta creencia misma, limada y repulida por la terrible lógica de la barbarie, inspiró después la idea de los sacrificios sangrientos de hombres y de animales, que en toda la antigüedad se hicieron á la muerte de los reyes ó de los magnates. Los pueblos del viejo mundo inhumaban con el cadáver del guerrero sus armas y sus más estimadas preseas, é inmolaban sobre su sepulcro, sus caballos de batalla y sus más fieles servidores, llevando después su solicitud hasta darle por compañero, al que le había libado la copa, al que le había servido el plato, al escudero que le calzó la espuela y á la favorita que hizo sus encantos; todo con designio de endulzarle las fatigas del

(34) *Hist. general des Voyages &c.*, vol. XIII, página 448, in 12,

largo viaje, y de instalar al difunto en la otra vida con la comodidad y lustre propios de su rango (35). Estas mismas prácticas, y por los mismos motivos, observaban los mexicanos y michoacanos en los ritos funerarios de sus reyes y magnates [36]. Los menos acomodados llevaban consigo sus armas, ropas, y la compañía absolutamente necesaria, de un perro de pelo rojo ó alazán, pues en él debía pasar á nado el *Chicunahuapan*, ó Aqueronte de los mexicanos (37).

Estos sistemas que habían llenado la mente del hombre en la alborada de su razón, le parecieron del todo insuficientes, y aun insensatos, cuando se sintió iluminado por su crepúsculo. Es probable que la integridad de las ofrendas ó el descubrimiento de su clandestina desaparición por seres humanos, produciendo aquel desengaño, condujera á nuevas investigaciones en pos de otro sistema que no pudiera destruir la mano del hombre, y que diera por resulta-

[35] Herod., IV, 71 y 22.

[36] Torquemada, lib. XIII, cap. 45 y 46.

[37] *Ibid.*, cap. 47.—Sahagún, *Historia General*, &c. Apéndice del lib. III, cap. 1.

do la prolongación de la vida después de la muerte, pero sin desasirse enteramente de la tierra, en la cual únicamente se concebía la idea de la suprema bienaventuranza.

De este nuevo y atrevido esfuerzo de la inteligencia nació el dogma de la metempsícosis, que forma la basa de todas las religiones antiguas y que se descubre en las creencias de todos los pueblos aun semi-bárbaros. Inocente é inicu en su cuna, se le ve revestir algunas formas morales bajo las creencias de los mexicanos, que admiraban en el brillante *colibrí*, en el esmaltado *Quetzal* y en las otras aves que llamaban de *rica pluma*, el alma de los guerreros privilegiados que habitaban en la casa del Sol [38]: comenzó á ser peligroso bajo las creencias de los galos, que daban y recibían dinero á volverlo en el otro mundo, [39]; fué ya corruptor cuando sirvió de basa á la escuela sensual que lo explicaba como una simple transformación (40); en

[38] Torquemada, cit., cap. 48.—Sahagún, *ibid.*, cap. 3.

[39] Valer. Maxim., *Factor. memor.*, lib. II, cap. 6, § 10.

(40) *Ovid. Metamorph.* XV, v. 153 y sig. *cum varior.*—Pitágoras decía acordarse que su alma había

fin, ese dogma no fué una institución verdaderamente social y moral, sino cuando el genio sublime de Platón sacó de ella su sistema de penas y recompensas, trasmigrando las almas de los perversos al cuerpo de los más inmundos animales, en castigo de sus crímenes (41).

El progreso que se hiciera en estas disputas metafísicas debía influir necesariamente en la parte material de los ritos funerarios, que hasta cierto punto podían considerarse como su sujeto, los cuales, en efecto, se amoldaron á los adelantos y preceptos de la ciencia. Los egipcios, que profesaban el dogma de la metempsícosis, y creían en la reversión del alma, ó mejor dicho, de la vida al mismo cuerpo, pues juzgaban que el alma no se desprendía enteramente de él mientras no se destruyera por la corrupción (42), dirigieron

ocupado otros cuatro cuerpos; uno de los cuales, con el nombre de *Euphorbo*, había muerto al pié de las murallas de Troya, traspasado por la lanza de *Atridas*.

[41] *Plato*, in *Timeo*; et *de Anima mundi*; vol. III, página 91 y 104, edic. greco-latina de Henr. Steph. 1578, in fol.

(42) Goguet; *Origine des lois &c.* Epoque 1er, lib. III, art. 3, al fin.

todos sus conatos á la conservación de los cadáveres, legándonos como pruebas de su ciencia y de su inmenso poder, sus pirámides inmortales y sus momias incorruptas. En los otros pueblos donde la aniquilación física no se consideró un obstáculo para la regeneración espiritual, solamente se trabajó para escogitar el medio más preferible de destrucción; y como en esta parte la imaginación, el afecto y la vanidad tenían un campo inmensurable en que explayarse, las exequias revistieron las infinitas formas que median desde lo más inmundo hasta lo más sublime, bien que conservando en todas, sin excepción, el tipo de un culto de religión y de amor.

Aunquo la inhumación y la incineración han sido los medios más universalmente practicados para los funerales, se encuentran muy lejos de ser los únicos, pues regulándose, como ya dije, por el capricho ó por la pasión cada pueblo adoptó aquel medio que mejor cuadraba con sus ideas y sus percepciones. Algunos, ya fuera por el sentimiento mezclado de horror que inspira la vista del hijo, del padre ó de la esposa desbaratándose por la putrefacción;

ya porque se imaginaran que la vida era el más digno y honroso sepulcro que pudiera darse á la muerte, ó ya por alguna de las ideas de *trasfusión* con que suele encontrarse aliado el dogma de la metempsícosis; ello es que esos pueblos prefirieron para su sepulcro ó las entrañas de los peces, ó las de las aves, ó las de las fieras, ó las de animales que domesticaban y mantenían con este solo destino (43). Una vez colocados en esta pendiente, era necesario, que discuriendo con la lógica con que había discurrido en materia de sacrificios, llevaran el refinamiento de las exequias hasta el absurdo. Si el vientre de una fiera, dirían, es un digno y honroso sepulcro, más lo será el del animal doméstico, que forma, por decir así, una parte de la familia; y más todavía el del hijo, el de la esposa, el de los parientes y amigos del difunto. ¡Hé aquí como el canibalismo puede velar sus horribles formas con un cendal de religión y de amor!.....

—
(43) Pomey, (*Libitina seu de funeribus*, cap. VI, § 2), y Rossino (*Antiq. Roman. &c.*, lib. V, cap. 39, *Paralipomena*), han recopilado un gran número de noticias sobre esta materia.

Esta no es una solución que yo invento para eludir la dificultad, sino un sistema que expongo, deducido de las pruebas irrefragables que ministra la historia. *Pomponio Mela*, que nos ha dejado una descripción del festivo y asqueroso banquete en que los *Essedones* devoraban la carne de sus progenitores, sazónada con las entrañas de los animales inmolados, termina su narración diciendo, que las costumbres públicas reclamaban este rasgo de antropofagismo, como un testimonio del amor filial (44). La misma práctica, inspirada por iguales sentimientos, se encontró establecida entre los habitantes de *Irlanda* [45]; y *Herodoto* dice, que los *Calacias* sólo respondieron con un grito de escándalo (46,) cuando *Dario* les preguntó por cuál suma de dinero se determinarían á quemar los cadáveres de sus padres. Estas costumbres que, según aquel historiador, existían igualmente en las tribus de raza etiópica, veci-

[44] *Hæc sunt apud eos ipsos pietatis ultima officia.*
— De situ orbis, lib. II, cap. 1.

[45] *Strab. Geograph., lib. IV, pág. 139: edición greco-latina, cum Xiland. 1587, in fol.*

[46] *Indi vehementer reclamantes, melliora illum ominari jubebant.* *Herod. III; 38-97.*

nas del Egipto, habían tomado un carácter verdaderamente horrendo, en las de los *Padeos* ó *Pedalianos*, y en las de los *Masagetas*, que aceleraban la muerte á los enfermos y acortaban la vida á los ancianos, sirviéndose también sus restos en el banquete funerario.

Cuando uno lee estos renglones, piensa oír historias calcadas sobre el tipo de las *mil y una noches*, pues no puede concebirse tal oblicuidad ni degeneración en los progresos del entendimiento. Sin embargo, el hecho principal, esto es, *el parricidio por amor*, es literalmente cierto, y no raro en la infancia de los pueblos. *Larcher* ha recopilado en una de sus notas á *Herodoto* (47) bastante número de hechos, comprobados con la autoridad de antiguos y muy respetables historiadores, que no dejan duda sobre su verdad. Por sus relaciones sabemos que las tribus del Norte, conocidas antiguamente con el nombre de *hiperbóreas*, de quienes se dice que observaban la justicia y se alimentaban únicamente de frutas y granos, acostumbraban

[47] Lib. I, c. 226, nota 515.

matar á los sexagenarios. La misma suerte les estaba reservada en *Cerdeña*, con la horrible circunstancia de que los hijos eran los homicidas de sus propios padres, mándolos á palos, entre risas y danzas, en honor de Saturno. Menos crueles, á lo menos, los habitantes de *Ceos*, obligaban *por ley* á los ancianos á beber la cicuta, con cuyo motivo decía el poeta *Menandro*:

*Bellum hoc Cianorum institutum est Phania:
Qui non potest vivere bene, non male moritur.*

Larcher cita algunos más ejemplos tomados de la historia moderna de nuestros días, y en otra de sus notas (48) nos da á conocer las razones con que los *Hotentotes*, que también tenían esa práctica atroz, pretendían justificarla. Formándose allá en su ruda inteligencia una idea exagerada de las molestias de la senectud, y más exagerada y falsa aún, de los deberes que en tal caso reclamaba el amor filial, decidieron que la humanidad prescribía el homicidio, y la naturaleza el canibalismo; *porque vale mucho más librarse de las miserias de la vida por la mano de los amigos y de los parientes,*

[48] Herod. III, 99, nota 189.

que el morir de hambre en una choza ó ser presa de las fieras.

He aquí presentada en toda su ingenua y natural sencillez la funesta creencia que, inspirada por los sentimientos más nobles y sublimes, condujo á muchos pueblos al canibalismo. Así, los *Padeos* ó *Pedalianos*, dominados por el horror que les causaba la idea de la descomposición pútrida del cadáver, mataban á sus enfermos (49), devorando en seguida sus restos; mientras que los *Masagetas* hacían otro tanto, por considerar éste el término y el destino más honroso á que podía el hombre aspirar en la tierra (50); y era tanto el rigor con que profesaban sus principios que, según *Estرابón*, arrojaban al campo el cadáver del que había muerto de enfermedad, considerándolo como réprobo y merecedor de ser devorado por las fieras [51]. Esto es horri-

[49] *Quoties civium aliquis aliquando egrotat, virum quidem sui maxime familiares interimunt: quod dicant illum morbo tabescentem, carnis ipsis corruptorum.* Herod III, 99.—Con esta versión se conforma la de *Miot*, que varía en *Larcher*.

(50)....., *quod genus obitus apud eos beatissimum habetur.* Ibid, I, 216.

(51) *Qui e morbo decedunt eos adjacent turques*

ble, en verdad, y lo parecerá más á los que, no pudiendo ó no queriendo formar juicios abstractos, juzgan de las costumbres antiguas por las nuestras. Sin embargo, abstengámonos de gritar al escándalo, reflexionando en que si esas prácticas nos parecen execrables y monstruosas, esto procede en mucha parte de que las contemplamos en toda la espantosa desnudez con que nos la presenta la vida salvaje. Y si no, variad la forma, mudad las personas, cambiad el teatro de la escena, y despojando de los encantos con que ha ataviado la imaginación y la poesía los últimos instantes de la desventurada reina de *Caria*, responded con franqueza: ¿qué es lo que encuentra la verdad y la filosofía penetrando en el fondo de este hecho?... ¿Qué es *Artemisa*?..... Valerio Máximo lo ha dicho todo en uno de los pensamientos más sublimes, más tiernos y verdaderos que puede inspirar el estro poético: MAUSOLI VIVUM AC SPIRANS SEPULCRUM (52). Y

impíos, et dignos qui á feris devorentur. Lib. XI, fol 353.

(52) *Factor. dictor memorab.* l. IV, c. 6. *Exempla externa*, L. IV, c. 6.

si de este heróico sacrificio del amor conyugal, dejando aparte la fábula, descendemos á las crónicas de la edad media, ¿qué encontramos en ellas?... Buscadlo en el frenesí de esas pasiones adúlteras é incestuosas, que forman el encanto y el asunto favorito de ciertos romances, y que engastadas en un cerco de puñales, de venenos y de cadalsos, terminan con banquetes dignos de los Atridas.

El antropofagismo, que en los casos últimamente citados, era el simple efecto de una pasión exaltada, y que en los pueblos primitivos fué un refinamiento del culto que se creía debido á los muertos, inspirado por el afecto y por las ideas erróneas que se habían formado de la inmortalidad; el antropofagismo, repito, se presentó en otras partes revistiendo formas tan singulares, que uno no sabe cómo explicar. Una de ellas es muy reparable; es el dogma mismo de la metempsícosis, bajo otra forma, que llamaré de *trasfusión*, para distinguirla de la *trasmigración*. Por ésta creían que la alma del difunto pasaba á vivificar alguno de los cuerpos nuevamente creados ó formados después de la destruc-